

Algunas de sus conclusiones tienen un valor general. "Ha habido en el mundo demasiados programas de reforma agraria ejecutados sin una comprensión adecuada del área en tratamiento ni de los efectos de los procesos indicados". Sin duda, estamos frente a una severa admonición.

"Los nuevos propietarios, en su mayoría de la clase media urbana, han sido a menudo incapaces de lograr que las propiedades pequeñas se financien". Lo que reclama la eficiente orientación de los organismos técnicos agrarios.

"Cuando las propiedades se reducen hay tendencia a cambiar de agricultura extensiva a intensiva". Por ejemplo, la alfalfa, el trigo, el maíz, los porotos, son reemplazados por frutales y granjas avícolas. Y el país, con su población en rápido aumento, sufre escasez de pan, carne y leche.

No es la primera vez que hemos leído lo siguiente: "La nueva clase terrateniente está compuesta de profesionales y hombres de negocio con poca experiencia en agricultura". Sin embargo, en la mayoría de los casos, esto es una realidad, cuyas proyecciones se ciernen sobre el futuro de un país.

"La división de la tierra en Chile Central" es una obra digna de ser leída y meditada por los economistas y por los políticos chilenos. En sus páginas está la radiografía implacable de una realidad y de un problema.

VICENTE MENGOD

<https://doi.org/10.29393/At390-105SCVM10105>

El saber y la cultura, de MAX SCHELLER
Editorial Universitaria, Santiago, 1960

En el año 1925, para conmemorar el x aniversario de la fundación de la Academia Lessing, Max Scheller pronunció una extraordinaria "Conferencia", que resume gran parte de sus puntos de vista sociales y filosóficos. Su título, "El Saber y la Cultura".

Entre otras cosas, no menos notables y polémicas, decía Max Scheller que la vida y el espíritu son esencialmente distintos, pero que ambos principios están en el hombre en relación mutua. Porque el espíritu idea la vida, y la vida es la única que puede poner en actividad el espíritu, "desde el más simple de sus actos hasta la ejecución de una de las obras a que atribuimos valor y sentido espiritual".

Razón tenía al afirmar que sería un error colocar estos elementos en abierta lucha, en hostilidad permanente. En nuestros días, hasta los más desafortunados existencialistas aceptan esta concepción de Scheller.

El filósofo buscó métodos para comprender la vida espiritual, para establecer diferencias y puntos de contacto entre el saber y la cultura. Se aproximó a los sutiles enrejados de una sociología del saber, como parte integrante de una sociología de la cultura.

Concibió a la persona como algo dinámico, en formación constante, pues la finalidad del individuo es llegar a tener una individualidad, una

esencia y unos perfiles propios. Para llegar a ser hombre es necesario saber humanizarse en el más amplio sentido. Y en este aspecto de la formación humana, tiene indudable valor la existencia de una élite directora.

La culminación humana depende de una cultura interna, en la que han de estar patentes las disposiciones totales y armónicas del hombre. Max Scheller enfoca el tema del saber culto y de aquel otro saber que, a pesar de su valor, nada tiene que ver con la cultura. Y dice "que el saber que se ha convertido en cultura es un saber que se halla perfectamente digerido; es un saber del que no se sabe ya en absoluto cómo fue adquirido, de dónde fue tomado".

Para Max Scheller, el hombre que sabe está siempre alerta, preparado para dar el salto en cada situación concreta de la vida, dispuesto a ver directamente los hechos, para adaptarse a las circunstancias nuevas. He ahí, sin duda, la más certera definición de inteligencia, ahora manejada por los pedagogos y por los cultores de la sociología.

"Culto" no es quien conoce muchas modalidades contingentes de las cosas, sino quien posee una estructura personal, "un conjunto de móviles esquemas ideales que le sirven para intuir, para valorar y conocer el mundo".

Max Scheller nos habla de su concepción de la cultura, inspiradora de una pedagogía científico-espiritual. Esa cultura se crea y sostiene por hombres que viven en sociedad, y se proyecta en un sinnúmero de productos humanos, que pueden ser visibles o materiales, como los instrumentos, casas, vestidos, etc., o pueden ser de carácter espiritual, como las obras de arte, las verdades científicas, las reglas de convivencia, las confesiones de fe.

Quizás, una de las más felices intuiciones de este filósofo haya sido la siguiente: Aceptar que toda creación cultural despierta automáticamente una voluntad de educación. Desde ese momento, la Pedagogía se convierte en lazo entre la cultura y la vida.

"El Saber y la Cultura", de Max Scheller, nos entrega una enseñanza, no exenta de proyecciones educativas. En nuestros días, cruciales y problemáticos, se aspira a elevar la cultura por la naturaleza, a ennoblecer los sentimientos por el carácter y a regenerar las instituciones sociales.

¿Acaso la función de los filósofos no consiste en adelantarse a los acontecimientos? ¿Cuándo se resolverá el problema de actualizar el porvenir?

V. M.

Punta de rieles, de MANUEL ROJAS

Editorial Zig-Zag, Santiago, 1960

El título de esta novela, "Punta de rieles", es susceptible de varias interpretaciones. Anotemos, por ejemplo, la que nos propone el autor.